tierra; y como vieron venir a estos leones, tigres y águilas, dando voces y peleando tan fuertemente, volvieron las espaldas y huyeron de ellos, los cuales, haciendo presa a su salvo, cautivaron muchos y tomaron los dos bergantines a los españoles y lleváronlos a una laguna, que llaman Amanalco. Como esto vieron los españoles y tlaxcaltecas, comenzaron a pelear con ellos y aquí acudió Coyohuehuetzin con su gente y arrimóse al momoztli u cu pequeño, que estaba en el mismo mercado y hízolos volver atrás y siguiólos hasta un lugar llamado Telpuchcalli, que es donde habían puesto a su dios los mexicanos, en el barrio de Atlizeuhyan y dieron con ellos en una acequia y aquí salió otro capitán, hijo de Itzpapalotzin Otomitl, el cual iba armado y con una divisa, ricamente labrada y dieron los españoles y tlaxcaltecas tras esta compañía y dieron con ellos en un río, por donde andaban las canoas; y de allí pasaron a la parte de el agua y se libraron. Con éstos iba el señor de Cuitlahuac y creyendo sus vasallos, que iban en esta compañía, que lo habían muerto los mismos mexicanos se volvieron contra ellos; pero cesó la mortandad que hacían, con saber de cierto que iba vivo y con los delanteros de la escuadra. Encontráronse aquí indios amigos tlaxcaltecas, llamados tliliuhcatepecas y mexicanos y trabaron una cruda batalla y fuéronse metiendo por una senda y tras ellos fueron los mexicanos; y los tlaxcaltecas que iban retirándose por aquella parte se encontraron con otro capitán, llamado Tlappanecatl, de el barrio de Atezcapan, al cual prendieron; pero sus soldados arrojáronse contra los que lo prendieron y cargándolos de flechas se lo quitaron y pusieron en libertad.

## CAPÍTULO C. *Que se prosigue en combatir la ciudad de Mexico*

ROSIGUIENDO FERNANDO CORTÉS en las entradas que hacía en Mexico, avisando a los capitanes que hiciesen lo mismo a un tiempo, a ocho de agosto, lo más de mañana que pudo entró en la ciudad; no halló cosa que ganar, sino una traviesa de calle, con una trinchea junto a una torre; comenzóse a combatir; pero un alférez con otros dos castellanos, se echaron al agua y con alguna resistencia pasaron y se ganó; y Fernando Cortés se detuvo en asegurarla. Allí llegó Pedro de Alvarado, por la misma calle, con cuatro de a caballo. No se puede encarecer el contento que recibieron los unos con los otros, por muchas causas y por haber hallado camino para comunicarse los dos ejércitos. Fue luego Fernando Cortés a ver el mercado; ordenó que nadie pasase adelante; y paseando por la plaza, cuando los portales estaban desembarazados de gente, tanto más estaban las casas llenas de ella por lo alto que no osaban desmandarse, por ser la plaza grande y andar caballos en ella. Subió Cortés a una gran torre, halló cabezas de castellanos y tlaxcaltecas sacrificados, puestas ante los ídolos, que le causaron gran dolor; viose de aquella torre que estaban ganadas de

ocho partes de la ciudad, las siete; por lo cual juzgando por la gran hambre que se padecía, pues se hallaban roídas las cortezas y raíces de los árboles y por el hedor de los cuerpos muertos que era insufrible, que no se podían sustentar, determinó de no apretar aquellos días y ofrecer algunos partidos de paz, con los cuales envió mensajeros que hablaron a Quauhtemoc y le representaron el miserable estado en que se hallaban y la benignidad de su capitán. Y sin dar lugar a que nadie hablase respondió: Diréis a Cortés que pensamos morir, como nuestros deudos y amigos, en esta demanda y que no espere paz de nosotros, porque no queremos vida sin libertad, ni crea que ha de gozar nuestros tesoros; porque cuando más no podamos los echaremos en el agua. Visto esto y que la pólvora faltaba, mandó Fernando Cortés hacer un trabuco; y como los maestros no habían hecho otro, desconformaban en la traza; con todo eso se hizo. Pusieron en la plaza de Tlatelulco, en una fábrica que estaba en medio de ella, de cal y canto, cuadrada, de altura de dos estados y medio; tenía de una esquina a otra, casi treinta pasos; servía de hacer allí los juegos y fiestas. Salió tan mala la máquina que espantaba a los de fuera y mataba a los de dentro, despidiendo las piedras atrás, y de esto quedaron los españoles muy disgustados y descontentos por haber herrado el tiro y maldijeron el trabuco y a los que le habían inventado y gastado en él mucho tiempo, madera, herramientas, sogas y maromas; y cesaron de tratar más de semejante invención. Volvióse a combatir la ciudad; halláronse las calles llenas de gente menuda que se morían de hambre; mandó Cortés a los indios amigos que no hiciesen mal a nadie. Los mexicanos no salieron a pelear, estábanse en las azuteas, sin armas, cubiertos con sus mantas; decían los tlaxcaltecas: daos, si no moriréis mala muerte. Respondían ellos: morir o vencer. Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho y bien apretados los unos con los otros y con grandísima falta de bastimentos, al calor del sol y al frío de la noche y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna semilla para comer; bebían del agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas y cortezas de árboles y raíces de yerbas no comestibles; y a esta causa enfermaron muchos y muchos más de los niños y las mismas madres se los comían todos, que verlo era grandísima lástima y mayor tormento sufrirlo. Y viéndose en tanto aprieto estos desventurados convirtiéronse a buscar los misterios secretos que sus antiguos habían dejado, para si se viesen en una tal necesidad como esta en que ahora se ve y han ayudarse de ellos. Y confiando en ellos salió un capitán llamado Cihuacohuatl Tlacotzin y habló a los mexicanos diciéndoles lo siguiente: ya veis, valerosos mexicanos, cómo todas nuestras fuerzas y poder es nada para escaparnos de las manos de los españoles y de todos los enemigos que les ayudan; paréceme cosa acertada que acudamos al favor de nuestros dioses, en especial al de nuestro gran dios Huitzilopuchtli, fundador de la república mexicana y a los consejos que nos dejaron nuestros antiguos, para que de ellos nos aprovechásemos en semejantes ocasiones como la que tenemos de tanta necesidad y estrecheza; porque

me acuerdo haber oído a los viejos, que nuestro dios Huitzilopuchtli usaba de dos cosas contra sus enemigos para atemorizarlos y ahuyentarlos: la una, se llama Xiuhcohuatl; y la otra Mamalhuaztli. Pues ayudémonos, hermanos míos, de estas dos cosas, ahora que tenemos de ellas necesidad, pues nuestro dios nos las dejó para nuestro favor y nuestros padres han tenido siempre confianza en ellas y por ventura nos aprovecharán en este tan gran peligro en que estamos.

Oído esto convinieron los más, en hacer un sacrificio muy solemne a su dios Huitzilopuchtli, cuya imagen tenían consigo y él tenía por cetro real una culebra labrada a lo mosayco que se llamaba Xiuhcohuatl, no en forma derecha sino torcida y corva (como en otra parte decimos), del cual dicen que cuando ayudaba en las batallas a los suyos la hacía parecer viva y la arrojaba en medio de los enemigos, con que los atemorizaba y hacía huir; lo cual deseaban que ahora se hiciera sobre los españoles y sus enemigos los indios, sus confederados; y en orden de esto era el sacrificio que se le ofrecía. Tenían también un búho, hecho de plumajes ricos y él de figura muy espantable; y tenían por cosa de portento y agüero para espantar con él a los enemigos en sus guerras; y creyendo en sus agüeros, vistióse con éste uno de aquellos principales de la consulta y subióse sobre una azutea alta donde le pudiesen ver todos sus contrarios para que espantados de su vista huyesen. Todo esto no les aprovechó; porque Dios, que quería la salvación de las almas que después se convirtieron a su santa ley y en ella se salvaron, quitaba el espanto de sus abusos. Aunque por sus secretos juicios (según ellos decían) permitió alguna vez que esto sucediese, como si fuera cosa cierta y verdadera. Y dice el padre Sahagún que oyó decir al padre fray Francisco de Tembleque, hombre de muy ejemplar vida, que un día venía una tempestad muy recia y él estaba en el coro de aquella casa, donde entonces moraba y abrió una ventanilla para ver el nublado y en abriéndola le dio un rayo en el ojo izquierdo que se lo quebró y tuvo en él gran dolor por muchos días y le parecía que traía el ojo colgado fuera del casco y cegó de él. Dicen también que aquel rayo hizo otros daños en la iglesia y en el retablo del altar mayor y dentro de la casa; y dijeron los indios, que estaban dentro, que habían visto este Xiuhcohuatl, como una serpiente grande que salía de lo interior de la casa por la portería afuera y todos los que la vieron salir quedaron como tontos por algunos días; donde parece que éste era artificio del demonio y de los hechiceros, que le invocaban para hacer estos embustes. Pero en esta ocasión, aunque lo intentaron estos afligidos mexicanos, no tuvo efecto y se quedaron burlados y sujetos a los males y daños que les vinieron.

A esto sucedió que estando en esta angustia y tribulación, cercados de sus enemigos, vino a deshora una agua muy menuda, que duró dos horas y después de ella le siguió un torbellino de fuego, como sangre, que se convirtió en brasas y en centellas, que vino de hacia Tepeyacac, que es ahora nuestra señora de Guadalupe y fue haciendo grandes ruidos hacia el lugar donde estaban acorralados y dio una vuelta por enderredor de ellos; y habiendo dado aquella vuelta, sin ofenderlos en nada, se entró por la laguna

adentro y allí desapareció. De la vista de este remolino y fuego, quedaron todos muy espantados y desconfiados de verse libres de las manos de sus enemigos. A este tiempo, Fernando Cortés los mandó requerir, con escribano y testigos, para que aceptasen la paz y las lenguas no decían sí ni no; pero después de muy importunados dijeron que no se hiciese mal a aquella pobre gente que salía a buscar qué comer, que eran los niños y mujeres y que querían paz; mostraron que enviaban a llamar al rey Quauhtemoc; pero fue burla, porque todos estaban aparejados para pelear y así acometieron luego. Ordenó Fernando Cortés a Pedro de Alvarado que embistiese por un gran barrio, de más de mil casas, y él a pie (por no haber lugar para los caballos) fue por otra parte; peleóse con mayor obstinación que nunca y con mayor derramamiento de sangre de los mexicanos, que desesperados y encerrados y sin forma de salvarse se metían por las espadas con gran coraje y así era todo sangre, porque los castellanos y tlaxcaltecas peleaban valientemente y no sin daño suyo, porque lo habían con gente que deseaba la muerte.

Pedro de Alvarado ganó todo aquel barrio y Cortés los arrinconó mucho y se juzgó que este día pasaron de doce mil, entre muertos y presos, en que usaron tanta crueldad los indios amigos que a nadie tomaban a vida, sin que bastasen las reprehensiones de Cortés y de todos los demás capitanes. Volvió Cortés otro día sobre los enemigos con todas las fuerzas; mandó que no se pelease, oyendo los clamores de la gente desesperada, que no ponían los pies sino sobre cuerpos muertos de los suyos, y de verse aquejar de aquellos que habían sido sus vasallos, pedían la muerte, solicitaban que los acabase de presto. Ciertos principales pidieron apriesa que llamasen a Cortés, dijéronle que pues era hijo de el sol, que con tanta brevedad en un día y una noche daba vuelta al mundo, que ¿por qué tardaba tanto en matarlos? Porque aunque la muerte era temerosa, sabían que había de ser tan mala vida, que sería peor que ella; y que por tanto usase con ellos tanta clemencia que los acabase presto, porque saliesen de tanta desventura. Cortés los consoló, les ofreció libertad y les dijo muy buenas razones, porque su pensamiento nunca fue usar crueldad ni de venganza con ellos; y porque no aprovechó para haber de ablandar su dureza, acordó de enviarles un caballero de su nación, que había cuatro días que prendió un tío de el señor de Tetzcuco, para que les ofreciese la paz y dijése a Quauhtemoc que Cortés le ofrecía dejarle tan gran señor como era, pues su intento no iba encaminado sino a la obediencia de aquella ciudad al gran rey de Castilla; y entre tanto mandó que el ejército se armase y estuviese esperando muy prevenido la resolución. Fue este caballero con el mensaje; dijo primero que le habían tratado bien y comenzando a hablarle de la paz, sin dejarle pasar más adelante, el rey le mandó sacrificar, y luego los mexicanos acometieron a los castellanos con grandísima furia, tirando varas, piedras y flechas y mataron un caballo con un dalle, hecho de una espada castellana, y estaban tales los mexicanos, que los indios amigos se quedaban a dormir en la ciudad; y aunque el siguiente entró Cortés en ella no quiso que se pelease, confiando que los mexicanos, atentas las miserias que pa-

decían, o dejarían la ciudad o se irían a él. Vio ciertos caballeros que conocía en una trinchea, díjoles que ¿por que se dejaban matar como brutos animales y no trataban de paz? Pues había ofrecido de hacerles todo buen tratamiento, como hombre que conocía las miserias humanas; y que se dolía de sus desventuras y principalmente de su rey, de lo cual podían confiar siendo muy proprio de los capitanes castellanos cumplir sus palabras. Llorando le respondían que conocían su yerro y perdición y que no se fuese, que irían a hablar al señor de Quauhtemoc. Volvieron diciendo, que otro día, a medio día, iría a hablarle en la plaza de el mercado; y creyéndolo Cortés mando que para otro día, en el cuadro alto de la plaza, se aderezase un sumptuoso estrado para Quauhtemoc y sus consejeros, y bien de comer.

## CAPÍTULO CI. *Que se ganó Mexico y fue preso el rey Quauhtemoc*

TRO DÍA FUE FERNANDO CORTÉS bien en orden al puesto, habiendo mandado que ningún soldado dejase de llevar sus armas defensivas; y asimismo Pedro de Alvarado; y esperando a Quauhtemoc, llegaron de su parte cinco caballeros que conocía Cortés de vista y nombre; dijeron que perdonase al rey, porque de miedo y empacho no iba (palabra natural de los indios); y que también estaba malo, que viese lo que mandaba, que para aquello los enviaba. Y aunque Cortés sintió la burla de haberle dado intención de verse con Quauhtemoc y faltarle, mostró holgar con ellos; hízolos sentar en aquel estrado; mandólos dar de comer y conocióse bien la necesidad que tenían de ello; persuadiólos que aconsejasen a su señor la paz y le asegurasen que no le haría ningún enojo y que seguramente fuese a él, pues no se podía tratar de otra manera; dioles algún refresco, que llevaban, que fue bien recibido. Volvieron desde a dos horas, afirmaron que no quería ir, ni se lo podían persuadir. Volvió Cortés a hacer mucha instancia en ello y se lo ofrecieron y decirle otras cosas de suyo. Y con esto Cortés se volvió al cuartel, afirmándole sus capitanes y los principales tlaxcaltecas que los mexicanos le burlaban; pero deseaba tanto la paz que le parecía que perdía poco aunque le engañasen dos días. Otro día aquellos cinco señores fueron al alojamiento; dijeron a Cortés que se fuese a la plaza de el mercado, que Quauhtemoc saldría a ella. Fue en punto de guerra; aguardóle cuatro horas y como no vino, envió a llamar a los indios amigos, porque habiéndole pedido los mexicanos que para tratar de las paces no los tuviese en la ciudad, les mandó que no pasasen de cierto puesto; díjoles que pues aquellos perros no querían paz, que se les hiciese guerra. Comenzóse a pelear y aunque tenían calles con agua y trincheas, el coraje de los tlaxcaltecas era grandísimo y no menor el de los otros indios amigos. Andaban peleando con espadas y rodelas entre los castellanos, haciendo maravillas; y como había Fernando Cortés enviado